



BATIENDO EL RECORD

(Para LA NACION)

SALAMANCA, octubre de 1909.

3-50

Durante unos días han llenado columnas de los periódicos los relatos de las expediciones al Polo Norte de Cook y de Peary, y las discusiones de cuál de ellos fué el que realmente llegó á su meta, el que conquistó el Polo ártico. Los retratos de uno y de otro contendiente han rodado por las ilustraciones y las revistas ilustradas de toda clase. (La ilustración, es cosa sabida, consiste en los grabados, que también se llaman «santos» ó «monos»). Hemos visto reproducida por donde quiera la figura de Peary, en «pose» de conquistador del Polo, envuelto en su traje de pieles de osos. Tampoco ha dejado de cebarse la caricatura en uno y otro conquistador y ambos han sido objeto de las cuchufletas de los descontentadizos y criticones.

Por momentos podía creerse que iban á formarse dos grandes partidos, el de los cookistas y de los pearyistas y que iban á luchar en lucha épica, en aras de los más grandes ideales conquistadores de la especie humana. Si la cosa hubiese ocurrido en España había yo supuesto que Cook y Peary no eran más que pretexto para dividirnos en bandos y luchar los unos con los otros, como cuando nos dividíamos en lagartijistas y frascuolistas, según que se siguiera á Lagartijo ó á Frascuelo, nuestros dos grandes primeros espadas de la segunda mitad del siglo XIX. Esto habría yo supuesto si se tratase de España, pero cómo voy á suponerlo tratándose del grave y sesudo mundo anglo-sajón y norteamericano! ¿cómo voy á suponer que aquéllos serios y hemáticos sujetos—por hemáticos y serios los tenemos—se dividan en cookistas y pearyistas nada más que por el gusto de contender en dos partidos! No, lejos de mí tal supuesto. Se trataba de algo muy serio, muy grave, muy trascendental para el porvenir del ideal humano.

Libreme Dios de negar ni poner siquiera en duda las importantes adquisiciones que á la ciencia puede aportar la conquista del polo ártico. La geografía, la geodesia, la geología, las ciencias naturales y hasta las sociales, morales y políticas, tienen no poco que ganar con este nuevo paso dado por Cook ó por Peary. Es, además, un nobilísimo ejemplo de esfuerzo humano, una lección de voluntad y de energía.

Pero ¿no ha de serle permitido á este pobrecito español—y como tal en la no mejor disposición de ánimo para penetrar en las sublimidades todas del espíritu europeo contemporáneo—no ha de serle permitido á este pobrecito español, digo, presentar con la modestia que á su españolidad cuadra, unas tímidas observaciones?

Sin duda, sí, sin duda alguna, la geografía, la geodesia, la geología, la oceanografía, la paleontología, la botánica, la fisiología, todas las «logías», en fin, tienen mucho que ganar de la conquista del polo, sea ártico ó antártico, pero en la nobilísima disputa entre cookistas y pearyistas apenas se discutía, que yo sepa cuál de los dos héroes había adquirido en el Polo más verdades para la ciencia ni cuál de los dos se había enterado mejor de lo que allí había; de lo que se trataba es de cuál de los dos había llegado antes. La prioridad en la llegada y no la superioridad en el conocimiento era lo debatido.

Ya sé, ya sé, pobrecito de mí, que es acaso más importante saber una cosa antes que otro, que no saberla mejor; ya sé que el telégrafo—¡maravilloso invento!—sirve á la prensa—¡formidable poder!—para darnos las noticias lo más pronto posible y que ante esto, ante la actualidad, desaparece la perfección del conocimiento. Precisamente en estos días vienen nuestros diarios con columnas y más columnas llenas de noticias frescas de la guerra de Melilla. Los periódicos rivalizan en información. No falta detalle. Sabemos hasta lo que dijo el soldado número 5 de la segunda compañía del batallón segundo de la brigada quinta. Pero yo, pobrecito de mí, soy tan poco moderno y tan poco europeo, que me pierdo en ese cúmulo de detalles y no saco noción clara de la campaña. Con mi espíritu lento y medioeval espero á que ésta termine y nos la cuenten en algún libro para enterarme de ella. Ahora empiezo á enterarme de lo que fué la guerra ruso-japonesa... ¡si vivirá atrasado!

Sí, ya lo sé, lo que importa es saber las cosas antes que otro, llegar á un sitio antes que él, batir el record en una palabra. La vida corre muy de prisa y no sabemos bien á dónde.

¿Por qué se me habrá ocurrido la disparatada idea de que en el fondo de todos esos afanes progresistas y de todos esos esfuerzos de los sabios europeos hay un sedimento de desesperación más ó menos consciente y más ó menos resignada? ¿Por qué se me habrá metido en la cabeza que éste se dedica á la microbiología, á qué á la química orgánica, el otro á la conquista del Polo y el de más allá á la aviación, como podrían dedicarse al alcohol ó á la morfina, para matar el tiempo y la pena de vivir? La pena de vivir sin esperanza de otra vida. ¿Por qué yo, pobrecito español obrero, habré caído en la manía de hacer de la fe en la inmortalidad del alma ó de la pérdida de esa fe el eje central de los móviles del espíritu? Todo esto es, sin duda, por mi nativa incapacidad para penetrar en el espíritu de la civilización europea contemporánea.

Los europeos modernos no se preocupan de esas cosas; ellos, por lo menos en su gran mayoría, así nos lo aseguran. Su preocupación es el porvenir de la especie humana, es el progreso. Los más excelsos se preocupan de la verdad, pero de la verdad por sí misma, de la verdad por la verdad. Cultivan la ciencia sin más objetivo que descubrir la verdad, pero la verdad objetiva, real. Quieren curar al género humano de sus tradicionales ilusiones.

Ya poco más que en nuestra España, en nuestra atrasada España medioeval, se encuentran pobres espíritus atormentados por el problema de ultratumba. Fuera de aquí, y de otros pocos pobres países añejos y de algunos monomaniacos ó atávicos, ¿quién se atormenta con semejante incultura? La Ciencia—así, con letra mayúscula—ha matado ese tormento envenenador de almas; la química, la física, la fisiología, etcétera, etc., han hecho desaparecer ese problema. La religión sólo queda para el pobre pueblo inculto, para los espíritus enfermos y para los pueblos viejos. La religión moderna es la del progreso. Y el acto capital de su culto es batir el record.





¡Qué hermosa fiesta la del concurso de aviación en los campos de la Champaña, en esos ricos campos que van el espumoso champaña, vino litúrgico de la religión del progreso! ¡Hay acaso fiesta alguna civil moderna, fiesta de progreso, en que no se brinde por éste con la espumosa copa de champaña en la mano? Y ¿cómo vamos a sentir el íntimo aliento de esta nueva religión los que, como yo, no gustamos del champaña? Sin champaña y sin espuma no hay modo de sentir, y acaso ni aun de comprender el alma de la civilización europea contemporánea.

¡Qué hermosa fiesta, repito, la del concurso de aviación en los campos de la Champaña! Allí sí que se batió el record! ¡Y aquí sí que fué un día de júbilo para la ciencia! Dentro de poco podremos volar los hombres con tanta seguridad como hoy atravesamos el océano en un barco. ¿Quién sabe? tal vez podremos escaparnos ¿quién sabe? tal vez podremos escaparnos de esta nuestra tierra é ir á ver si los habitantes de Marte, de Venus ó de Júpiter, son más felices que nosotros.

El que en esto de la aviación ha batido el record ha sido, según nos informan, Blériot. Su nombre vuela en alas de la fama. Es el que primero ha atravesado el canal de la Mancha. Por mi parte no he logrado aún enterarme de quién es el que ha construido el aparato más barato, más cómodo, más seguro, de mayor potencia, más eficaz, en fin, para su objeto; de lo único de que he podido informarme es de quien llegó antes á tal punto ó quien estuvo más tiempo en el aire.

«Pero, desdichado—se me podrá decir—¿no comprendes que el modo de averiguar cuál aparato es el mejor no puede ser otro que ver si corre más ó durante más tiempo? Al árbol se le conoce por sus frutos y al aparato de aviación el mismo. El que llega antes á un sitio ó se sostiene más tiempo en el aire es, sin duda, porque es mejor que el otro.» Y así puede seguirse me argumentando. Pero ¿quién puede con un español, y sobre todo si este español es vizcaíno, cuando se empeña en una cosa? y francamente, á pesar de tan obvias reflexiones, no acabo de rendirme. Es tal mi testarudez, ó mejor dicho, es tal mi torpeza de comprensión en cuanto á los principios de la civilización atañe, que sigo emperrado en que más que de buscar lo mejor se trata de buscar lo más espectacular, que la cuestión es batir el record.

Ya tiene la aviación sus víctimas, sus mártires. Ya un afortunado y nobilísimo aviador se ha roto la crisma en holocausto á la ciencia ó al «sport».

Escribí ya la palabra fatídica: «sport». Dicen nuestros puristas que este término es un barbarismo, y que en castellano debe escribirse deporte. Pero no, nuestro deporte no es el moderno «sport». Este es un vocablo intraducible á nuestro pobre castellano. Nuestra vieja y rancia palabra «deporte» no tiene el sabor y el matiz de modernidad y de europeísmo que tienen la palabra «sport» y su derivada «sportsman». Quedémonos, pues, con «sport», y así iremos europeizándonos.

El sport tiene sus mártires, como los tiene la ciencia. Todos los días sabemos de aquel arrojado sportsman que perdió la vida en su empeño. El automóvil, ese glorioso emblema del progreso moderno, ha ido sembrando de cadáveres su camino. No hay progreso sin víctimas. Los más grandes adelantos han costado generosa sangre á la especie humana.

¡Llor á los mártires del progreso!

Hay espíritus mezquinos y ruines que se burlan de los automovilistas y quieren lo cernos creer que los más de ellos son unos descuidados que van desde un sitio donde nada tienen que hacer, á otro donde tampoco hay que hacer alguno para ellos, en el menor tiempo posible. Yo mismo, en un momento de desmayo, llegué á decir que esas gentes que viajan tanto y tan de prisa no es por amor á los lugares que visitan, sino por odio á ellos, que van huyendo de cada sitio, que es fuerza de repulsión y no de atracción la que los mueve, que son unos aburridos, unos desesperados. Es porque he tenido la desgracia de que casi todos los turistas y rompe-carreteras que he conocido apenas se habían enterado de nada de lo que que recorrieron. Su conversación era declinosa en cuanto tiempo fueron de Villa grande á Villachica y por mirar el reloj no miraron el paisaje. Su ideal es suprimir distancias. Y para mí la distancia es una de las cosas más gratas que hay.

Se están empeñando en achicar la Tierra en vez de ensanchárnosla. Este orgulloso linaje humano propende nada menos que á suprimir el tiempo y el espacio. En rigor se traga espacio para matar el tiempo. Y á pesar de todo seguimos prisioneros del Tiempo y del Espacio. Y no logramos suprimir la muerte, no conseguimos ni eternidad ni infinitud.

«¡Dale!»—exclama el lector europeo moderno—vuelta á la misma canción! Si tienes razón, perdónamelo, amigo. Haré por no volver á reincidir. Pero... Ya sabes, soy un pobrecito español incorregible; pesa sobre mí siglos de preocupaciones católicas; no he conseguido emanciparme y vivir tranquilo bajo la égida del Progreso. ¡Perdónamelo!

«¿Hay acaso nada más espléndido, más evocador de un mundo futuro, que un automóvil atravesando á toda carrera un bulevar de París, de noche, bajo la poderosa luz de arcos voltaicos? ¿Un salvaje preguntaría: pero ¿á dónde corren así? ¿A dónde? ¡Vaya una pregunta! Corren y basta. Eso del «á dónde» hay que suprimirlo, como hay que suprimir lo del «para qué». La ciencia moderna no se ocupa en «paraqués», sino en «porqués» más bien en «cómos». Eso del «para qué» es una noción escolástica, medioeval, antropomórfica. La teología, el finalismo, está en derrota. Procede de una concepción religiosa, y no científica del mundo.

El universo y la vida no tienen finalidad alguna, no tienen para qué. La cosa es ir creando de continuo nuevas formas, desplegar energías, vivir, vivir. Vivir la vida más intensa y más rica, la Vida. La vida por la vida misma. Eso de preocuparse de lo que haya después es de pobres espíritus que no se retemplaron en la ciencia. La finalidad es cosa nuestra, humana; nosotros somos los que inventamos una finalidad á la vida y al universo. El inventar una finalidad es poner una meta, un blanco, es establecer un «sport». ¡Viva la vida! ¡viva el «sport!»

Todo es «sport»; la vida no es más que un «sport». A ver quién llega antes. Ya que tenga uno que morirse morirse gloriosamente, y á poder ser, sin darse de ello cuenta, cayendo de una máquina de volar ó rompiéndose la cabeza al ser despedido de un automóvil. Así progresará la mecánica; quiero decir, la ciencia.

Porque la ciencia es ante todo mecánica y química y cirugía... etc. Pues qué ¿vamos á llamar ciencia á la teología? ¿No van á hacer creer que las «Confesiones» de San Agustín significan para el progreso humano lo que la invención de un freno automático? ¡Delirios de místicos!

¿Y no es que estén mal las «Confesiones» de San Agustín, no! Es un libro interesante, que contiene curiosas observaciones psicológicas, que suscita problemas científicos, es la narración de un caso clínico de misticismo, y es, sobre todo, una obra literaria. Uno puede muy bien llevarse un ejemplar de las «Confesiones» en el automóvil ó en la máquina de volar para entretenerse un rato por las noches, en la cama, antes de conciliar el sueño. Es muy interesante.

Y además tenemos la ciencia de las remuy libertadora. La ciencia de las religiones, una ciencia muy interesante y giones ha hecho un gran bien, poniéndonos de manifiesto, por la comparación de ellas, el origen de los mitos, los dogmas, los creencias sabemos ya á qué atenemos respecto á dos, los ritos, etc., etc. Gracias á esa ciencia más de las seculares ilusiones trascendentales de la especie humana. Y luego queda siempre un remanente, ¿quién lo duda? Si, en el fondo de las religiones hay algo. Y este algo es el que anima al aviador, es el que mueve al automovilista. También la del progreso y la ciencia es religión. ¿Quién lo duda?

.....
Pero no puedo ni debo continuar porque observo que me salgo de tono. Empecé queriendo escribir — yo ; un español!—en europeo, moderno, con ironía, y es claro la ironía se me despegaba, y no era, como debe ser, amable. Era áspera, desabrida, displicente, inartística. Es lo que tiene meterse uno en campo ajeno. Porque el campo de la ironía es un campo que nos está vedado á los que no tenemos sangre aria. (Sin que yo sepa que es esto de la sangre aria).

Lo que distingue á los griegos, á los europeos de verdad, es la capacidad para la ironía y las matemáticas. Así, nos lo ha dicho hace poco el joven José Ortega Gasset, español europeo y moderno. Y yo, por mi parte, soy completamente negado para la ironía y para las matemáticas.

He querido ser irónico, y así me ha salido ello. Dejádme, pues, que recobre mi natural, y que, sin ironía alguna, exclame dirigiéndome á todos esos «sportsman» que batan el record del progreso: ¡embusteros! ¡embusteros! ¡embusteros!

